



# Miguel Delibes

Lección  
de vida



{ 17-X-1920 12-III-2010 }

por José Luis Rodríguez Zapatero

La capacidad de Miguel Delibes para encontrar la palabra justa era tal que, al leer sus libros, cuando se entra en la claridad de sus páginas, se tiene la impresión de que no hay otra manera más certera de narrar lo que está contando.

Ese lenguaje, al mismo tiempo llano y profundo, es el gran hallazgo del Delibes escritor, porque, como apuntó Gustavo Martín Garzo tras la muerte del maestro, su literatura "hace presente el mundo y sus criaturas por el hecho de nombrarlas, y a la vez les proporciona un maravilloso temblor, que es el temblor de la vida". Ese es el atributo de los grandes escritores: concebir la palabra no sólo como un medio de expresión, sino como algo más profundo, como esencia de lo que nombra, y, a la vez, en el caso de Delibes, como esencia de un pueblo. Pocos escritores pueden presumir de haber conocido el alma de un pueblo como el escritor castellano.

El propio autor decía, con cierta ironía, que su literatura mejoró sensiblemente cuando se dedicó a escribir igual que hablaba; ese hallazgo, que quizá trajera causa de su pa-



sión por el periodismo, le llevó a alcanzar ese estilo inconfundible, al mismo tiempo llano y profundo, liviano y denso, que forma parte no sólo de la historia de nuestra literatura, sino de nuestra propia historia como pueblo, como sociedad. Porque en tiempos de oscuridad y de infamia, en que el lenguaje era utilizado para ocultar, humillar y hostigar al diferente, él reivindicó la claridad y la luz de todos los seres en su palabra. Y porque en tiempos de desigualdad y de persecución, él nos mostró el decoro de los humildes, el honor de los olvidados, el valor excepcional de toda vida humana.

Como sucede con los grandes creadores, hay en Delibes una relación intensa entre su vida y su obra; él mismo contaba que llegó a la palabra "a través de la escopeta y la caña de pescar". Visitaba los pueblos más remotos, preguntaba a las gentes, y descubría con asombro una palabra apenas usada, alguna expresión popular en desuso, una tradición centenaria que acaso languidecía. Recuperando palabras olvidadas y dándoles nueva vida en sus obras, Delibes resucitaba al mismo tiempo toda una manera de vivir, toda una cultura, un universo que de otro modo permanecería olvidado, muerto.

Todos los que apreciamos el contacto directo con la naturaleza, sentir el paso de las horas en medio del silencio acompa-

ñado por los rumores de la intensa vida que esconde cualquier paisaje, sabemos la profundidad que hay en la relación entre el ser humano y el mundo natural: una relación que está llena de verdad y de matices. Sabemos la belleza que hay en el nombre exacto de las cosas, como decía Juan Ramón; la riqueza que hay en cada brizna de hierba, en cada valle, en cada río, en cada mínima especie vegetal y animal. Y nadie mejor que Delibes ha sabido transmitir este espíritu y fijarlo para siempre, con los apuntes del lenguaje, en nuestra historia colectiva e individual. En pocas obras literarias se aprecia, como en la suya, la certeza de que la naturaleza y el ser humano son dos caras de una misma moneda y de que, por consiguiente, nuestra supervivencia recíproca va irremisiblemente unida.

Pero, además de ese respeto por la Naturaleza, que lo convierte en precursor de una mirada ecológica plenamente contemporánea, hay en toda la obra de Delibes, y en toda su vida, un sentido cívico de la responsabilidad: él no presumió nunca de la lucha diaria contra la censura franquista que presidió su labor periodística, pero siempre estuvo radicalmente comprometido con la libertad. Por eso, en el fondo de toda la obra de Delibes subyace una reivindicación de la dignidad del ser humano, y de la justi-

cia que merece. El escritor utilizó su pluma para exaltar la grandeza del alma castellana, pero, al mismo tiempo, para denunciar la crueldad de su miseria, el estado lamentable de algunos pueblos, y también sus estrecheces morales, con una mirada intensamente regeneracionista y moderna que fue, en su capacidad de denuncia, incluso más allá que la de la propia generación del 98, tan castellana también.

En Delibes, el compromiso con la escritura es un compromiso con la tierra, pero también, y sobre todo, con la gente. De ahí la espontánea emoción que en el momento de su muerte brotó en todos los españoles, un reconocimiento que desbordó las academias y las instituciones culturales para convertirse en el homenaje unánime de la calle, el reconocimiento sincero y emocionado del pueblo, que sabía que se había ido uno de ellos, un hombre sencillo marcado por



Escritor, 80 años. Nació, vivió y murió en Valladolid.

Cazador y amante del campo, captó el alma de Castilla, de los castellanos y del castellano como ningún otro escritor desde el final de la Guerra Civil. *El camino* (1950), *Las ratas* (1962), *Cinco horas con Mario* (1966) o *Los santos inocentes* (1981) son algunos de sus inmortales títulos. Ganador del Premio Cervantes en 1993, publicó su última novela, *El herje*, en 1998.

las cosas sencillas, pero cuya sencillez trasciende lo cotidiano para convertirse en algo imperecedero, en algo cuya importancia está más allá de nosotros mismos.

Delibes ha sabido partir de nuestra lengua para conectar con una parte esencial del ser humano; su curiosidad por el mundo, su amor por su tierra, su instinto de supervivencia, su lucha por la dignidad. Y eso le ha convertido en un clásico, es decir, en alguien que puede leerse en cualquier tiempo y en cualquier lugar, y que nos seguirá ayudando a entender el mundo, a entender España, a entendernos a nosotros mismos. Este año le hemos dicho adiós con dolor y con emoción. Pero nos quedan sus libros, que son ya una lección inolvidable de vida y de literatura.

✱ JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ ZAPATERO  
 ES PRESIDENTE DEL GOBIERNO

ALBERTO GARCÍA

Cazador.  
 El autor de  
*Los santos inocentes*, en una  
 jornada de caza  
 en la provincia  
 de Valladolid,  
 en una imagen  
 de los años 80.